

EL IDEAL POLITICO.

PRECIOS DE SUSCRICION:

Murcia, 6 rs. trim.: fuera, 8 id. id.

JUSTICIA, RELIGION, LIBERTAD.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calle de la Traperia, núm. 21.

Año I.

Se publica en Murcia los días 5, 10, 15, 20, 25 y 30 de cada mes.

Núm. 2.

EL IDEAL POLITICO.

Murcia 10 de abril de 1871.

El discurso de la corona.

Ante la crítica severa juzgando este documento que viene á cumplir una de las prácticas necesarias de los gobiernos constitucionales, no puede menos la razon de hallar en él, lunares prolongados que no tan fácilmente pueden embellecerse.

Si inspirado hubiera sido por el joven jefe del Estado, es muy natural que no hubiera podido engañarse á sí mismo, y habria hablado á la nacion con mas sinceridad.

El discurso que los consejeros de la corona han puesto en los labios del novel príncipe, es harto pobre, y solo tiene palabras que en nada pueden satisfacer la ansiedad que agita á los pueblos, ese mal estar que se siente y que no da el quietismo ansiado para una marcha normal.

Principia el *mentor* de ese discurso, haciendo ver cuanta es la gratitud que abriga en su alma el monarca, por haberle elevado este hidalgo pueblo á la cima del poder, y al dar un voto de gracias, protestó firmemente que su afán será siempre velar por el mayor bien de esta nacion, cuyos destinos regirá sin intentar imponerse.

Sin duda alguna estas últimas frases no fueron sometidas á la sancion del consejo de Ministros, porque es hacer constar que, si unas cortes le eligieron, pueden otras en uso legítimo de su soberania, no sancionar los hechos consumados y retirarle su apoyo. Esto, pues, no se aviene fácilmente con el siguiente párrafo, en donde se proclama del modo mas solemne y desde un lugar eminente el derecho de cuya prerogativa se halla investido.

«Única legitimidad que la razon humana consiente emanada de las Cortes

constituyentes; única legitimidad que la historia (en su última fase moderna) reconoce en los fundadores de las dinastias; única legitimidad que nace de sus pueblos, dueño de sus destinos.»

Si estas palabras no fuesen pura poesia que dura tanto en su esencialidad, como durar puede el eco en sus vibraciones, diriamos, desde luego, que habian sido consignadas en el discurso para hacer ver á los pueblos que tambien lo épico y lo bello entra por mucho en la política.

Pero mas bien podia asegurarse, sin temor de ser desmentidos, que los inspiradores de tanta sublimidad han querido elevar su entonacion para apagar la tempestad que ruge en el horizonte político, ó acaso, mas bien, para echar un velo sobre la triste página, en donde está grabado con caracteres indelebles, que subió al trono ese monarca, entre luto y consternacion, hollando en sus peldaños el cadáver de un repúblico.

Horrible atentado que condena la justicia, y que si bien es abominable hasta lo sumo, tiene un lenguaje altamente espresivo, que hace ver, no fué tan espontáneo y universal el grito de aclamacion del nuevo rey.

No fijemos nuestra vista en el tercer párrafo, en donde se habla de las relaciones internacionales, porque es bien fácil viésemos en él algo tenebroso que la diplomacia en sus elucubraciones pretende despejar, pero que en verdad se deja comprender lo punible de sus intrigas.

Dejemos al «Eco de España», que hable por nosotros, cuando después de calificar impolítico el discurso, entra de lleno en el párrafo cuarto, cuya lectura no podria dejar de causar emocion en el tan joven príncipe, al ocuparse de las relaciones *largo tiempo* interrumpidas con la Santa Sede.

«Bien pudiera el Sr. Martos haber in-

dicado en ese párrafo qué se ha hecho de la carta oficial que se dirigió al Vaticano, y si se ha tenido ó no contestacion. Lo demás es vano deseo de llenar una fórmula y sacar partido de lo que se sabe no ser verdad.»

Y en efecto: si el que hoy ocupa el trono de España tiene la conviccion de cuanto se debe á sí mismo, como, rey de una nacion esencialmente católica; y á la vez tiene un corazon dignísimo de hijo, no podria menos su voz de aparecer algo trémula, cuando á sus mentes viniese el inmortal Pontífice y el rey de Italia.

Un rayo de esperanza se deja ver en otro párrafo acerca de la pacificacion de Cuba, echando una flor al ejército, á la marina y voluntarios de la libertad, siquiera sea para que el primero no repita su hazaña en Alcolea; para que la segunda no parodie una bahia de Cádiz, y para que los últimos no depongan sus armas antes que prestarle juramento de fidelidad.

La situacion financiera será mirada con preferente interés, dice en sus casi últimos párrafos, como si las promesas pudieran estirpar el cáncer que devora á esta nacion tan desventurada.

Hasta lo sentimental viene á tener una parte muy marcada en el discurso de la corona. Se dice en él, que lo mas querido del alma se deposita en este suelo, donde no hay mas que corazones hidalgos y que en tal seguridad les entrega su esposa y sus hijos, para que aspiren el ambiente puro, y hablando el idioma pátrio, se identifiquen en su gloria.

Puede muy bien la historia de España consignar en sus anales, *altísimos ejemplos de constancia y patriotismo*, pero tambien los hay de ingratitud y de traicion, y al formar el corazon de esos hijos, pueden decirles «miraos en ese espejo; en él tambien se miraban otros